

GAZETA

N° 3
PRIMAVERA 2017

*Coordinación y Edición: Gerardo Grau Fibla, José M. Fernández Mariscal,
Ezequiel Martínez Jiménez, Enrique Robles Clavijo.
Diseño y Maquetación: Aniceto Moreno Moreno.*

*NOTA: Los textos son propiedad de los autores.
El Ateneo no se responsabiliza de su contenido.*

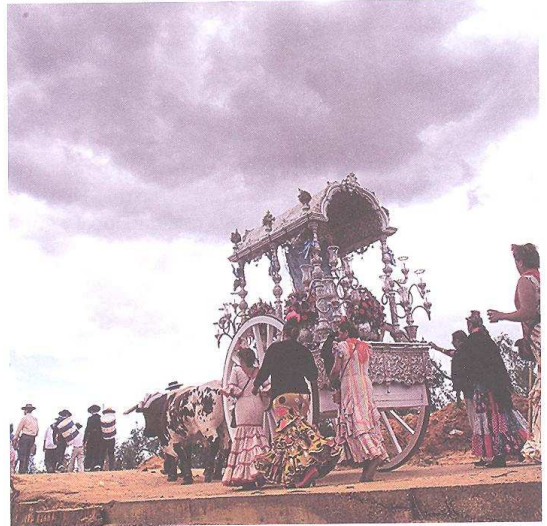
del



LA CELEBRACIÓN DE LA VIDA

La primavera es la estación del año en que renace la vida. Y en Andalucía este renacer es una fiesta. O, mejor dicho, son mil fiestas. Nuestra cultura, decantada en un proceso histórico de tres milenios, mestiza y a la vez original, ha generado multitud de expresiones para celebrarla. Las semanas santas de la mayoría de nuestras ciudades y pueblos son fiestas de primavera, fiestas en que se exalta la resurrección de la naturaleza, de la vida, aletargada o aparentemente muerta por los rigores del invierno. La cristianización de estas fiestas, la sustitución de la Madre Tierra por el Cristo a la vez divino y humano que resucita tras morir –como ocurre a la naturaleza toda- no anula la equivalencia con los rituales milenarios que organizaban muchas sociedades del mediterráneo y de otras partes del mundo, en épocas precristianas, en torno al equinoccio de primavera cuando los árboles eclosionan, las plantas comienzan a florecer y la sangre y los deseos corren más rápidos por las venas y el corazón de los humanos. Y cada pueblo, cada barrio, se acicala para recibir a sus cristos y vírgenes en un clima mucho más festivo que penitencial, desbordando ampliamente el ámbito de la ortodoxia religiosa, porque esas imágenes –casi siempre dos, exaltando los principios masculino y femenino- y los tronos de arte y naturaleza en que pasean, aunque puedan tener caracteres dolorosos no son doloristas al modo de las imágenes y procesiones castellanas porque representan la resurrección de la vida (de la Vida, con mayúsculas, para los creyentes).

Y las fiestas continúan con las cruces de mayo, otra cristianización que apenas disimula la celebración de la fertilidad mediante la relectura del árbol –del mayo- como la cruz de Cristo. Por eso en torno a esta, como antes o todavía en algunos lugares en torno al árbol, al símbolo fálico de la fertilidad, se baila y se canta, con protagonismo de las mujeres. Y durante ese mes los habitantes de muchos lugares se dirigen colectivamente a territorios extraurbanos, a bosquecillos, ríos, marismas o montañas –lo que la civilización extractiva y destructiva actual ha dejado residualmente de naturaleza- para festejar a la naturaleza. Casi cada pueblo tiene su romería, hace su pequeño o largo camino para viajar imaginariamente desde la cotidianidad de la estructura –desigualitaria, jerarquizada, individualista, competitiva- a un mundo imaginario de comunitas –igualitario, colectivo, con reciprocidad y cooperación- sólo posible fuera del universo social real. No es solamente la romería del Rocío u otras de las más publicitadas por los medios: raros son los pueblos o incluso pequeñas aldeas andaluzas que no tienen esa excursión ritualizada al campo, a alguna ermita o lugar significativo, para festejar la vida y el “nosotros” comunitario.



Con frecuencia nos critican e incluso menosprecian a los andaluces por esta nuestra –dicen desmedida- afición a las fiestas. Desde una lógica calvinista, que es un motor central del capitalismo globalizador, el tiempo que dedicamos a la convivencia, a las relaciones sociales, tanto en contextos cotidianos como, sobre todo, festivos, sería un tiempo perdido para la producción y la “creación de riqueza”. La filosofía que alienta en la cultura andaluza es diferente: hemos de trabajar (a veces muy duramente) para vivir pero no vivir para trabajar. Son dos filosofías opuestas: la productivista, deshumanizada y agresora de la naturaleza –que es la filosofía del capitalismo y su cultura de las cosas muertas-, y la del saber vivir andaluz, centrada en lo humano, en las relaciones sociales, en el “saber hacer” y en la expresión de los sentimientos, que hay que reactivar aquí y ahora.

Como escribió Blas Infante, para la cultura andaluza existir es, a la vez, pensar y sentir; y no sólo pensar, como quiere imponernos la lógica cartesiana. Pensar y sentir deben ser complementarios. Como complementarios deben ser, también, el trabajo y la fiesta. Quienes pretenden que anulemos el sentir y las fiestas, o están alienados por la ideología de la supuesta modernidad o su objetivo es que dediquemos todos los minutos de nuestra vida a producirles beneficios.

ISIDORO MORENO
Catedrático emérito de Antropología
Universidad de Sevilla